



El asesinato de un alcalde mexicano desata la indignación nacional por el poder de los cárteles



By Patrick J. McDonnell
Foreign Correspondent

Nov. 9, 2025 3 AM PT

- El asesinato de Carlos Manzo, conocido por desafiar a los cárteles, ha provocado protestas masivas en todo el país.
- Su muerte ha puesto de manifiesto el dominio del crimen organizado en el estado de Michoacán.
- Desde su muerte, muchos mexicanos se preguntan si el Gobierno será capaz alguna vez de plantar cara a los cárteles.

Carlos Manzo siguió un camino poco convencional al luchar tanto contra los cárteles como contra lo que él denominaba el escaso apoyo federal a su cruzada contra el crimen organizado en su ciudad natal, Uruapan, en el oeste de México.

El «hombre del sombrero», por su característico sombrero blanco, era una molestia para la estructura de poder de Ciudad de México, pero muy querido por muchos electores por su postura inflexible contra las despiadadas mafias que dominan gran parte del país.



«Pueden matarme, pueden secuestrarme, pueden intimidarme o amenazarme», declaró el franco Manzo en las redes sociales en junio. «Pero la gente que está harta de la extorsión, de los homicidios, de los robos de coches, exigirá justicia».

Añadió: «Hay un tigre enfurecido ahí fuera: el pueblo de Uruapan».

Esa ira se manifestó de forma dramática la semana pasada, cuando decenas de miles de personas marcharon por las calles de Uruapan y otras localidades del estado de Michoacán, azotado por la violencia, para denunciar el asesinato de Manzo, de 40 años. Manzo fue asesinado a tiros el 1 de noviembre en medio de una multitud de juerguistas, entre los que se encontraba su familia, durante la celebración del Día de Muertos, en un asesinato que tuvo repercusión en todo el país y más allá.

Los asesinatos de otras figuras públicas en los últimos años también han provocado indignación y consternación en el país, pero la muerte de Manzo ha desencadenado algo más: una secuela divisiva que ha llevado a muchos a cuestionar la capacidad misma de México para hacer frente a los carteles desenfrenados en lugares como Michoacán, donde el crimen organizado tiene un fuerte control sobre el gobierno, la economía y la vida cotidiana de la población.

«Este control estructural del crimen organizado es profundamente preocupante para todo el país», dijo Erubiel Tirado, experto en seguridad de la Universidad Iberoamericana de Ciudad de México. «Habla de una crisis de legitimidad en cuanto a la capacidad del Gobierno para funcionar».

México, escribió la columnista Mariana Campos en el diario El Universal, «está fracturado en zonas donde los delincuentes establecen las reglas, administran justicia, cobran impuestos y deciden quién puede ser alcalde y quién puede ser empresario».

Menos de dos semanas antes del asesinato de Manzo, la policía de Michoacán encontró el cuerpo maltrecho de Bernardo Bravo, un reconocido líder de los productores regionales de lima que se había opuesto a las exigencias de extorsión del cártel. Bravo recibió un disparo en la cabeza y su cadáver mostraba signos de tortura, según las autoridades.



Durante meses, el Gobierno de la presidenta Claudia Sheinbaum ha publicado estadísticas que muestran una reducción a nivel nacional de los homicidios y otros delitos, junto con la detención de cientos de figuras del crimen organizado, entre ellas docenas expulsadas para ser juzgadas en Estados Unidos.

Sin embargo, las encuestas muestran sistemáticamente que muchos mexicanos siguen sin estar convencidos. La muerte de Manzo, que se ganó una reputación nacional al insistir en que los funcionarios mimaban a los delincuentes, no hizo más que aumentar la sensación generalizada de vulnerabilidad, especialmente en lugares como Michoacán.

La pintoresca región de verdes colinas, montañas cubiertas de pinos y la salvaje costa del Pacífico ha sido durante mucho tiempo un foco de violencia de los cárteles. En 2006, el entonces presidente Felipe Calderón eligió Michoacán como el lugar para declarar la desafortunada «guerra contra las drogas» de México.

Esto ocurrió unos meses después de un incidente especialmente macabro en Uruapan: pistoleros del cártel arrojaron cinco cabezas cortadas a la pista de baile de una discoteca.

Durante la Guerra contra las Drogas, se desplegó al ejército para combatir a los cárteles, pero la estrategia fracasó, lo que provocó un aumento significativo de la violencia en todo el país y suscitó preocupaciones sobre la militarización del país y el pisoteo de los derechos humanos.

Según muchos habitantes de Uruapan y de todo el país, la situación solo ha empeorado desde entonces.

«Que se sepa en todo el mundo: en México gobiernan los narcotraficantes», afirma Arturo Martínez, de 61 años, propietario de una tienda de artesanía en Uruapan, una ciudad de más de 300 000 habitantes situada en el corazón de la multimillonaria industria del aguacate de México. «¿Qué puede esperar cualquier persona normal si matan al alcalde delante de su familia, delante de miles de personas? Estamos completamente a merced de los delincuentes».



Es una opinión muy extendida que coincide con los comentarios del presidente Trump de que los cárteles ejercen un «control total» en México, una acusación que niega Sheinbaum, aunque otros afirman que la crisis en Michoacán es un ejemplo de una falta de control más generalizada.

Uruapan «se ha convertido en un espejo del país, un microcosmos donde la capacidad de gobernar se descarrila [y] el miedo sustituye al Estado», dijo Denise Dresser, analista política, al medio de comunicación Aristegui Noticias.

Manzo, independiente, rompió con el partido gobernante Morena de Sheinbaum hace más de un año y acusó al Gobierno central de haber ignorado sus peticiones de más efectivos policiales y fondos para la seguridad con el fin de hacer frente al crimen organizado.

Tras el asesinato del alcalde, Sheinbaum descartó volver a la militarista guerra contra las drogas, que costó decenas de miles de vidas y, según Sheinbaum y otros críticos, no sirvió para frenar el narcotráfico.

Manzo fue el último de una larga lista de alcaldes y funcionarios locales mexicanos asesinados en los últimos años, en un contexto en el que los cárteles buscan controlar territorios, rutas de tráfico, departamentos policiales y presupuestos municipales, al tiempo que refuerzan sus esquemas de extorsión y otras actividades delictivas. La muerte de Manzo destacó por su provocativa presencia en los medios, ya que exigía a las autoridades que sometieran a los delincuentes a golpes o los mataran.

«En muchos lugares, los grupos criminales controlan a los jefes de policía, las tesorerías locales y a los alcaldes», señaló Víctor Manuel Sánchez, profesor de la Universidad Autónoma de Coahuila. «Luego hay alcaldes como Carlos Manzo que buscan romper este círculo, y terminan muertos».

Sheinbaum arremetió contra los críticos de la oposición que han culpado a lo que ellos denominan sus políticas laxas por el asesinato. Condenó el ataque «vil» y «cobarde» contra Manzo y prometió llevar a los asesinos ante la justicia.

El pistolero de 17 años que mató a Manzo fue abatido en el lugar de los hechos, según la policía, que afirma que otros dos sospechosos fueron detenidos. Las autoridades califican la operación como un atentado bien



planificado por un cártel, aunque no se ha confirmado oficialmente cuál de las muchas bandas que operan en la zona fue la responsable. Tampoco está claro aún el motivo.

A raíz del asesinato del alcalde, el presidente ha presentado el «Plan Michoacán» con el objetivo de mejorar la seguridad. Muchos se muestran escépticos.

«Es el último de muchos planes similares», señaló Tirado, de la Universidad Iberoamericana. «Ninguno ha funcionado».

Grecia Quiroz, viuda de Manzo, asumió la alcaldía de Uruapan y prometió continuar la lucha de su marido contra los cárteles. Cuando Quiroz levantó la mano derecha la semana pasada para prestar juramento, sostenía en su brazo izquierdo el característico sombrero blanco de su marido.

«Este sombrero», declaró el nuevo alcalde, «tiene una fuerza imparable».

Los sombreros blancos han sido una imagen habitual en las manifestaciones que denunciaban su muerte, y un sombrero blanco adornaba el ataúd de Manzo en su funeral.

La bien coreografiada toma de posesión de su viuda, en medio de una seguridad extremadamente estricta, no sirvió para alterar el predominante ambiente de angustia y tristeza en Uruapan. La esperanza es un bien escaso para los desanimados y temerosos residentes de la ciudad.

«Son los narcos los que mandan aquí, no el alcalde, ni el presidente», dijo Martínez, el propietario de la tienda. «Carlos Manzo solo quería proteger a su gente. Y mira lo que le pasó».

[Slaying of Mexican mayor sparks national outcry over cartel power - Los Angeles Times](#)